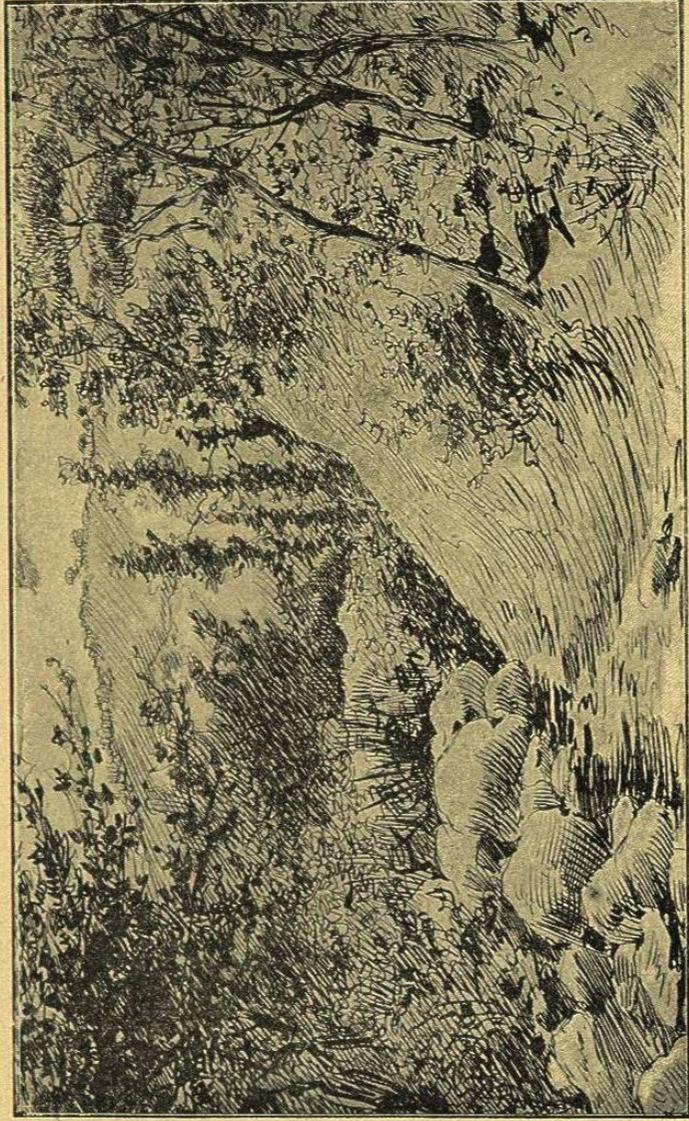


II

LA NATURALEZA



Lám.^a 7

Tomo I

I

¡Heme aquí! ¡Soy yo! Rocas, playas, frescos arroyos que corréis por entre la hierba, brisas que bajo las olas murmuráis frases entrecortadas;

nidos que inunda tierno murmullo, rama á donde el pájaro viene á posarse; gotas de agua de la obscura gruta que hacéis un ruido semejante al del beso;

campo en el cual se oye la romanza del ruiseñor sombrío y reservado; montes en que el profundo lago comienza el himno que el bosque acaba.

Abríos, prados en que todo suspira; ábrete, bosque dulce y sonoro; aquel cuya alma es una lira, viene á cantar en la sombra con vosotros.

17 de Julio de 1852.

II

No sé por qué he de hacer otra cosa que soñar

bajo el árbol en que la paloma torcaz suele posarse;
los carros pasan; oigo rechinar los duros ejes;

cuando las jóvenes van á lavar á la fuente, prestan
oído á mi lejano canto; y yo permanezco en el fondo
de los bosques misteriosos,

porque allí el jaral me ofrece flores sin cuento,
porque me basta ver como mi canción vuela, en la
sombra, hacia los espíritus, y el pájaro hacia el cielo.

5 de Marzo.

III

CARTA

La parte de la Champaña en que estoy es muy fea;
mas ¿qué importa? Tengo aire, alguna hierba, una
parra á la puerta de mi casa; por otra parte, no es-
taré aquí mucho tiempo. No teniendo mis hijos á mi
lado, pretendo tener derecho á huir; siempre estoy
pensando en hacerlo, y cada día quiero marcharme
y me quedo. ¡Así es el hombre!

A veces todo se borra á mis ojos bajo el mal hu-
mor del nublado fastidioso; llueve. Triste país. Las
tierras dan menos trigo que cizaña inútil. Pronto iré
á buscar la verdadera soledad, donde se encuentran
los escollos sombríos é invencibles, donde se contem-
pla el mar. Mientras tanto, como Horacio á Fusco,

te envío, amigo querido, las corteses palabras que
debe el campesino al que reside en la ciudad. Piensas
tú en mitad de los tumultos taciturnos; y yo, que aquí
sólo contemplo á las hormigas, saludo, con toda clase
de miramientos, en tí al hombre que ve á los pigmeos.
Aunque vosotros tengáis fragua donde se forjan las
famas, los rumores, los acontecimientos escandalosos
y súbitos, no creáis tener razón si os figuráis ¡oh ha-
bitantes de la ciudad!, que en Bray-sur-Marne sean
aldeanos hasta el punto de ser unos brutos; no; aquí
se baila, se busca uno al otro en el bosque, se cae, se
ama; se es siempre Estela y Nemorino; Simona y
Tomasote saltan al son del tamboril; y los ancianos
padres regañan cuando, los domingos, las jóvenes ti-
ran á los mozos de la manga. Allí se guarda el rebaño
en la casa del parroco. A veces entre en la iglesia y me
quito el sombrero, mientras el señor cura fulmina, en
pleno púlpito, el idilio de un boyero y una vaquera.

Pero soy indulgente, más que él; porque ¡diablo!
el cielo azul y la dulce primavera turban un poco, y
los pajarillos dan aquí un detestable ejemplo. El joven
mes de Mayo es siempre el viejo templo en que, dul-
cemente remedados por los burlones mirlos silbado-
res, los que se aman van á adorarse entre las flores;
antiguamente fué Filis, hoy le toca á Juana, pero es
siempre la mujer devota del mes de Mayo.

Yo, como espectador, perdono; pues aun cuando
mi exterior da miedo, tengo el alma bonachona. Por-
que has de saber que intrigo mucho al pueblo. Se me
llama el hechicero, se huve de mí; se dice:—Es un
hombre en cuya habitación se oye hablar por la
noche; y á solas no se habla sino con algo negro.
He aquí por que doy miedo.

La casa en que resido, gruta que elegí para ser cenobita, es la posada. Se bebe en la sala baja; las jóvenes del país entran en ella, quítanse las medias, y van á ensuciar sus piés en la vecina charca. La sopa de col es el único plato que conocemos; una cama y cuatro paredes son mi alojamiento.

Así vivo; los campos tórnanse rojos por la noche; el espacio es confusamente sonoro por la mañana; el Angelus se esparce por el cielo al despuntar el día, y el sonido de las campanas me mece á la hora de acostarme. Poesía: un carretero que jura; varias gallinas picoteando una pared convertida en escombros; lejanos aullidos que conversan en la sombra; á veces una bandada de aves torcaces que emigran. Todo es pequeño, porque es feo, y sólo lo hermoso es grande. Esta campiña, en la que el alba parece nacer por fuerza, hasta donde me alcanza la vista no me ofrece desde la ventana casi nada; el camino es un suelo áspero, gastado, monótono, inclemente, en que hay algunos árboles, cuyas ramas tienen á veces con el viento conversaciones que oigo confusamente. La negra llanura alterna con las llanuras blancas. Ni un monte, tristes prados, poco césped. Y como única distracción, allá en el horizonte veo un grupo de bajos tejados, de los que sale humo, en medio de un paisaje insulso como Merimée.

IV

Cuando la luna aparece en la bruma de las llanuras; cuando la sombra, conmovida, parece que ha

recobrado la voz; cuando la noche llena de estremecimientos y de hálitos las pálidas tinieblas de los bosques;

cuando regrese el buey haciendo sonar su sonoro cencerro, semejante al poeta viejo, rendido, triste y hermoso, cuyo pensamiento continúa zumbando en la sombra ante la puerta de la tumba;

iremos, si tú quieres, á vagar por los valles, caminando sobre la hierba con pasos silenciosos, y contemplaremos las bóvedas estrelladas. En los campos es donde se ve el cielo.

Nos pasearemos por las verdes campiñas; inclinaremos, llorando por lo que se desvanece, nuestras almas, abiertas en el mundo por la desgracia, sobre las flores que se abren por la noche.

Hablaremos en voz muy baja de las cosas infinitas. Todo es grande, todo es dulce, aun cuando todo sea obscuro. Abriremos nuestros corazones á las sombrías armonías que descienden del hondo azul.

Es aquélla la hora en que el astro brilla, en que resplandecen las mujeres. Tu pálida y vaga belleza deslumbrará mis ojos. Soñadores, uniremos la turbación de nuestras almas á la serenidad del cielo.

La tranquila y sombría noche no hace sino una oración de todos sus rumores y de los rumores del día; nosotros, de todos los tormentos de esta amarga existencia, no haremos sino amor.

15 de Junio de 1849.

V

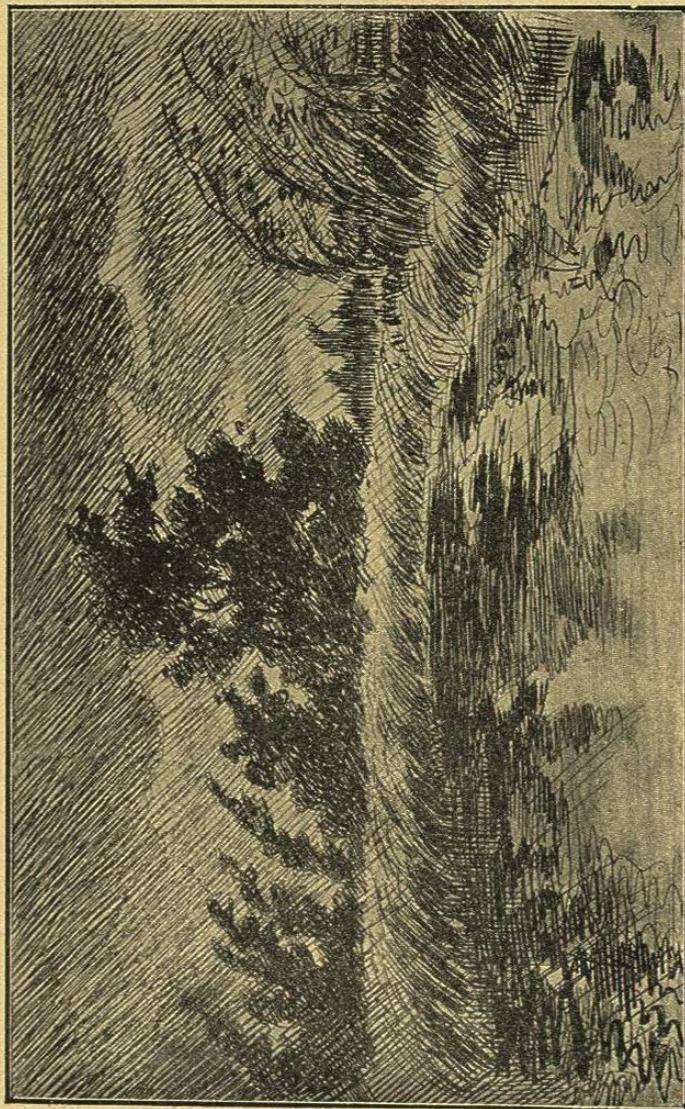
NUBES

I

El cielo se oscureció súbitamente; aproximábase la tempestad; alzando la cabeza, en el horizonte percibí una inmensa nube oscura. Aún no rugía el trueno; el césped se estremecía á mi alrededor; temblaban los ramajes de los árboles, y los lejanos transeuntes apretaban el paso. Mientras tanto, la nube del contorno vidrioso y rojizo crecía rápidamente, como un monte que se acercara hacia nosotros. Espantábanse las yeguas y huían las ovejas balando á intervalos. Terror de los bosques profundos, de los silenciosos campos, llenando de repente todo un lado del cielo, un fulgor siniestro, espantoso, desconocido, iluminó con un reflejo cobrizo las negras nubes y desapareció; como si, bajo el soplo del Señor, nadaran grandes peces de fuego y escamas de oro, vastas formas movidas al azar en aquel sombrío Océano de bruma y nubes, y entre las olas de la pasada nube negra, se hubieran dejado entrever vagamente por algunos instantes.

II

Avanzamos; ha llovido toda la noche; el viento llora entre los abetos; no ha salido el sol; todo tiem-



bla; el cielo, de tinte gris y mate, nos envía tristemente una claridad de interior de casamata.

De repente, al dar la vuelta á una curva del sendero, aparece una nube entre dos montes oculta. Está en el pequeño valle como en un enorme vaso. Es una pared de niebla, sin color y sin forma. Más allá, nada. Todo cesa. No se oye ningún sonido; se ve el último árbol y el último matorral. La bruma, caos lúgubre, impenetrable y vacío, en el que flota espantoso un lívido fulgor, llena el ángulo horrible de la hondonada de granito. Creeríase que allí concluye el mundo y que va á comenzar la niebla sin fin.—Límite en que el alma y el pájaro sienten que su ala se debilita, abismo sobre el que el pensador inclinase con espanto, pozo de la sombra infinita.—¡Oh!, decíame yo, ¿eres tú?

Entonces me sumí en mi obscuro pensamiento, dejando vagar á la ventura á mis compañeros.

Pirineos, 28 de Agosto.

VI

A CAUTERETS

Por la mañana, los vapores, en blancas y tenues gasas, se levantan á un mismo tiempo á través del bosque inmenso, de todos los torrentes negros, de todas las colinas, de todas las cimas á la vez.

Dudosa claridad empaña el horizonte; el alba es pálida; el cielo velado no tiene el color azul que tanto nos gusta; tan espesa es la bruma de largos flecos que se desprende de la pendiente chorreante de los viejos montes.

Créese verles saltar como en tiempos del proteta, y uno se dice presa de miedo y de estupor:—¡Oh monstruosos caballos! ¡Qué carrera habrán hecho cuando sus grupas humean de tal modo!

27 de Agosto.

VII

Señor, he meditado durante las horas nocturnas. Y como un anciano, he ido á sentarme sobre las desiertas cumbres, en los lugares taciturnos, á los que no va el hombre, en los que sólo se encuentra á vos.

He escuchado los chillidos de los pájaros siniestros, he visto á la pálida flor estremecerse entre el césped, y al árbol salir llorando por entre el crespón de las nubes, y al alba temblar, lívida, en el horizonte.

He visto, por la noche, flotar las vaguedades negras, que se arrastran por la llanura sin hacer ruido; he visto, desde lo alto de los lúgubres promontorios, los sombríos temblores del mar durante la noche.

He visto pasar por entre los abetos la luna horrible. Y por momentos, testigo horrorizado, creí sor-

prender la actitud de terrible turbación de la creación ante la eternidad.

28 de Agosto.

VIII

EPÍLOGO

—¡Un periódico! Dadme papel para escribir una carta, y ved si viene el cartero. Parece que el correo tarda hoy más que otros días. Viento, niebla, lluvia. Estamos en Junio. Encended lumbre. ¡Qué aire sombrío y refractario el de estos campos! Una enorme nube negra está próxima á la tierra; el día inclina la frente, el cielo es hoy angosto; y en la calle, alineados de tres en tres, oprimidos dentro de sus trajes y estirados por sus broches, pasan los *teatallers* (1), á quienes embriagara su bebida. Son jóvenes, muchos no pasan de veinte años, y mientras que, mirando la vida con pedertería, dejan transirse á Lisa, á Gotón ó á Betsy, el agua que beben les sale por la nariz en cánticos de iglesia. Antiguamente aquellos eran los tiempos de la divina y bella primavera; Sileno roncaba en el antro lleno el vientre de vino; Mayo se estremecía á la claridad del alba, y mágicas flautas respondíanse en la sombra, en el fondo de las geórgicas; corría el agua, jugaba el aire; la culebra enamorada llenaba de ho-

(1) Bebedores de te. Pronúnciase: *titolleurs*.

rror á Eglé con su estertor ahogado; los pavos reales abrían su ancha cola en la claridad; y llamas en el azul, las nueve diosas azules flotaban por la noche entre la tierra y el cielo, dejando ver tras sí las estrellas, esos ojos del vago crepúsculo; confundían á Mosco en Siracusa con Virgilio sentado en el Junculo, y las fuentes que lloran, los rebaños, los sueños bajo los árboles, las flores, los bosques, Amarilis, Filodocio, y á Mnasilo con su misterioso y sombrío sacerdocio.

Guernesey, 29 de Mayo de 1856.

IX

El crepúsculo de la tarde tranquilo y profundo se esparce por la llanura. Sentémonos, hija mía. El sol poniente derrama vago fulgor bajo el arco del viejo puente.

El martillo de una lejana fragua responde al Angelus. Dios en la campana y el hombre sobre el yunque forjan la misma cosa; la estrella se enciende en el cielo, al mismo tiempo que en la tierra se enciende el hornillo. Como ves, nuestro destino se halla, ángel mío, en esos dos sonidos, que son dos voces, dos voces austeras; ambos aconsejan al hombre en el misterio, mostrándole la meta, el puerto, el timón. La campana dice:—¡Ora!—¡Trabaja!—murmura el yunque.

15 de Septiembre de 1849.

X

David, el mármol es sagrado, el bronce es venerable. En el bosque en que crece el tilo y el arce, donde la encina se estremece, donde los gérmenes vivos, como una boca abiertos, absorben el aire y la ola, bajo el río morado que, haciendo rodar sus aguas, descompone en sus ondas las sombras de sus orillas, bajo el colosal monte, bajo la enorme meseta que labrara Jehovah con su divino martillo, en los valles encantadores, bajo la fresca pradera, ese globo permite que vea nuestro ensueño y oculte al propio tiempo á nuestros ojos, carnales en exceso, gloriosos metales, eternos granitos, surcados por negras vetas y manchas blancas, jaspeado como el suelo por las sombras del ramaje, pedruscos en los que filtra la savia, por los que el agua sube y baja, que el río conoce, que la montaña siente, y á los que el áspero bosque oprime y obliga á mover la tierra bajo su austera raíz. Porque las cosas gustan de serlo y todo se confunde en todo. Un espíritu benévolo, inteligente, profundo, circula por los campos, por el aire, en la sonora corriente; y la creación sabe lo que ignora el hombre.